Recuerdos de toda una vida con Morao de Jerez

Juan Luis de la Rosa Vidal

Por mi vinculación con el artista, el director de **Candil** me invita a recordar parte de mis vivencias de infancia con **Manuel Moreno Jiménez, «Morao de Jerez»**. Y todo en función de que pueda resarcirme de la encerrona a la que me condujo —por la cual he sido recriminado— en el acto protocolario de homenaje a mi buen amigo jerezano. Me quedé sin palabras ante la emoción que me embargó al ser reclamado al escenario de la Peña Flamenca de Jaén (llamamiento que se produjo, creo, que por ser el iniciador de la idea de este merecido reconocimiento) y por lo inesperado de la situación. No esperaba tal deferencia y por tanto no estaba preparado para subir al estrado. Además, he de señalar que soy poco dado a intervenir en público por timidez, defecto tremendo que no he podido superar a pesar de mi edad. Por la descrita situación y por lo mucho vivido con **Manuel**, he decidido recabar de mi memoria algunas de las circunstancias que más grabadas se me quedaron.

De izquierda a derecha: el socio Juan José Carrascosa; Terremoto y Paco Torrecillas, de Jerez; Manuel Morao; el autor de este artículo, Juan Luis de la Rosa y el hermano de Terremoto; sentado, el presidente de la Peña Flamenca de Jaén, Pepe Cruz.

He de comenzar diciendo que nací en Jerez por capricho de mi madre, mas fue en Sevilla donde conocí a **Manuel**, que por aquel entonces tendríamos diez o doce años. Yo tenía unos tíos maravillosos, los cuales eran íntimos amigos y compadres de los tíos de **Manolo**. Mi tío era médico analista de bastante prestigio en Sevilla. Hombre ciertamente adinerado y nacido en Arcos de la Frontera, era un apasionado aficionado al flamenco. Como **Manolo** frecuentaba mucho la casa de sus tíos (siendo el suyo director general de una

importante casa de seguros), siempre que venía a Sevilla me buscaba y los cuatro o cinco días, e incluso a veces un mes, que residía en la capital hispalense siempre estábamos juntos, pasando más tiempo en casa de mis parientes por aquello de que no tenían hijos.

La primera guitarra profesional que **Manolo** tuvo se la regaló el doctor Boliches (mi tío), dedicándose allí mismo a ensayar durante horas y horas. Cuando llegaban los sábados, que no había consulta médica, se formaba la fiesta promovida por la gran afición de mi tío. En Sevilla era fácil por aquel entonces localizar a los grandes del cante, pasando por la casa los mejores artistas de la ciudad y de Jerez. Y de esta forma y en este ambiente profundicé en la amistad y conocimiento de la persona de **Morao de Jerez**.

La amistad entre ambos se fue incrementando durante mis veraneos en nuestra ciudad natal. En su casa, en un patio precioso, he vivido grandes fiestas con su padre **«El Morao»**, cantaor profundo y conocedor de lo más puro de este Arte, y con su madre **«La Maora»**, que era una bailaora de gran prestancia, al estilo de la mítica Pastora Imperio. Mis tíos de Sevilla frecuentaban mucho la casa de **Manolo** y se iban los dos compadres juntos con sus esposas, siendo mi tía Mercedes hermana del matador de toros Juan Luis de la Rosa, que nació en Jerez, y tomó la alternativa en Sevilla en el año 1919 de mano de Joselito el Gallo y de testigo Cámara. En verano, en Jerez, el contacto con **Manolo** era diario, me acuerdo una vez que fui a recogerlo a su casa para ir al cine infantil que se proyectaba en el Teatro Villamarta, y al pasar por el barrio de Santiago (barrio de **Manuel Morao**), pasamos por una taberna típica de aquel contorno y había una fiesta de gitanos viejos, todos conocidos de **Manolo**, quedándonos los dos en un rinconcito, sin hacer ruido, y pasando desapercibidos... ¡Qué fiesta, Dios mío! Cuando nos dimos cuenta de que se había pasado la hora de la sesión cinematográfica, le comenté: Manuel, ¿qué hacemos? La respuesta fue rotunda: Que ¿qué hacemos?, pues quedarnos.

Nos separamos por eso del destino. Él siguió profesionalmente su línea ascendente, como era de esperar. Con esa afición y esas manos a la fuerza tenía que triunfar con los mejores espectáculos y cantaores de aquella época. Ha dado varias vueltas al mundo, consagrándose como uno de los mejores tocaores de este siglo. Hoy, con su saber y experiencia, sigue demostrándolo, enseñando y transmitiéndole a los nuevos valores, todo el duende aprendido en su dilatada vida de artista.

Dije antes lo del destino de cada persona; pues bien, yo tuve la suerte con el mío. En el año 53 vine a Jaén, esta bendita tierra, donde conocí a la que hoy es mi esposa. Ella me dio suerte y felicidad, pues al casarme me quedé aquí para siempre.

Tras lo que acontece, en Jaén no perdí contacto con el Flamenco, por consiguiente tampoco con **Manuel Morao**. Soy socio fundador de la Peña Flamenca de Jaén, donde he conocido a hombres de una enorme valía personal y de igual magnitud flamenca. Sería muy largo enumerarlos a todos, pero he de destacar a Pepe Cruz (descanse en paz), que fue durante varios años presidente de esta entidad y que, por su gran afición e importantes conocimientos del Flamenco trabajó para que esta Peña ocupe hoy al lugar que le corresponde. Posteriormente otros presidentes, todo hay que decirlo, han seguido la trayectoria del buen hacer, difundiendo estatutariamente la pureza del Flamenco junto a su revista **Candil** por todo el ámbito nacional e internacional. Su actual presidente, Gutiérrez Melgarejo, aúna la labor editora de Rafael Valera y Leovigildo Aguilar, director y secretario, respectivamente, de esta publicación, tres puntales éstos que no quiero omitir. Gracias a ellos y demás colaboradores, la revista ocupa el sitio que actualmente tiene ganado en el mundo flamenco.

Me doy cuenta de que me he desviado un poquito de mis recuerdos de **Manuel Moreno Jiménez, Morao de Jerez**, pero creo que el lector sabrá disculparme por ello al verme obligado a dar público reconocimiento de las personas antes citadas porque son parte de esos mismos recuerdos... Como di-go, al ser socio fundador de esta Peña seguí por ello en contacto con los artistas del Flamenco. Durante unos años formé parte del grupo de organizadores de festivales y actuaciones que se celebraban en la misma y en su caseta de feria «Tres Morillas». En esta caseta no podía faltar

Terremoto de Jerez y Manuel Morao posan en la foto archivo de la Peña Flamenca de Jaén con el gallo que hace referencia en estas líneas

mi —digamos fanático— interés, como el de varios aficionados por escuchar a **Manuel**, y debo de resaltar que **Morao** no había tocado jamás en Peña alguna, pero en esta ocasión nos concedió el privilegio de acudir a mi llamada, ya que siempre sabía y sabe corresponder a nuestra amistad. El día que vino a tocar le acompañaba su cuñado Fernando Terremoto. ¡Qué artista! ¡Qué momentos más trascendentales para los buenos aficionados que asistimos a aquella velada para todos nosotros inolvidable! Asimismo, viene a mi memoria otra ocasión que tuvimos el orgullo de admirar el arte inconmensurable de los dos cuñados en Pegalajar, pueblo flamenco por antonomasia, ya que es uno de los pioneros de los festivales flamencos, así como en otras dos ocasiones en las que Morao actuó como primer tocaor de la compañía de Antonio, ese mítico gran bailaor junto al inolvidable maestro Mairena. Cuando terminó el espectáculo, este último, **Morao** y varios amigos más, mi casa se transformó hasta las 8 de la mañana en un cuarto de los cabales. ¡Qué noche aquella!...

En otra ocasión, viene a mi memoria una anécdota en la que intervino Terremoto de Jerez, y que la explico: Un socio y amigo, Luis de la Rosa Galán, aficionado a los gallos de pelea y el que criaba y tenía de los mejores de Andalucía, en reconocimiento de Terremoto, le regaló un gallo, llevándoselo a la habitación doble que compartía con Morao en el hotel. El gallo, por su naturaleza, cuando amaneció empezó a cantar y no había manera de hacerlo callar. Ante el temor de quejas de los huéspedes del hotel se preguntaron: «¿Qué hacemos con este gallo, ya que no hay quien lo calle?». «Lo más acertado será meterlo en el armario», y allí estuvo encerrado hasta que partieron a Jerez, y creo, según nos dijeron, que ganó alguna que otra pelea, y lo bautizaron con el nombre de «*El Gallo Armario*».

Estas vivencias no se olvidan. Por ello doy las gracias a **Candil** por dejarme plasmar estas líneas en homenaje a **Manuel Morao** que me confortan, ya que hombres como él necesitamos los aficionaos y los nuevos valores para asimilar la pureza en parte olvidada de nuestro simpar arte flamenco.